

pel con propiedad de rata gorda y roedora. Mal provecho te haga el solimán, ya que no quieres dexar tales mañas.

Tambien le aconsejaré que lea para ilustrarse y consolarse las varias pastorales de los Ilustrísimos Señores Diocesanos de México, Puebla, Oaxaca y Valladolid, y edictos del Santo Oficio; que vuelva á leer los diversos manifiestos de nuestro Exmó. gefe, *libertador y padre de la patria*: que solicite tener los Diálogos de Filópatro, el manifiesto de la Universidad, los escritos del Señor Campo y Rivas, de los Fernandez, de Montañó, del Provincial de Santo Domingo maestro Barrera, del intendente interino de México, la proclama del de Oaxaca, los discursos de Diaz Calvillo, de Ximenez, de Primo, de Comoto, de Quirós, de Martinez, Zenon, Padre Bringas, y aprobacion del Dr. Carrasco, las censuras y Cartilla del Párroco americano, las proclamas del Cura indio, de la americana, del militar, el poema de Anti-Costilla, y otros varios papeles en verso y prosa, muchos sin nombre; donde se ve el modo de pensar, noble, juicioso, sólido, leal y generoso, y sobre todo *cristiano y equitativo* del público americano, que de todos modos, y sin distincion de criollos ó gachupines, rebate y aniquila con la pluma, segun que lo hacen igualmente nuestras tropas con la espada, á esa exécrable, vil, baxa y mal nacida gavilla hidalguña, ó de largas uñas, cuyas armas son ellas acompañadas de furor y estupidez, increíble á no ser tan palpable.

Por esta amenaza y abundante coleccion de escritos y por los heroicos procedimientos del mayor número de habitantes, y por las sabias y atinadas providencias del gobierno, se debe formar aquí y en España, en Europa y en el resto del globo la pública opinion; y no por viejas preocupaciones y dichos necios que se repiten inconsideradamente, comprometiendo el honor nacional de los que formamos hoy dia mas que antes, una sola patria y sociedad en ambas Españas.

Es muy ageno de nuestro juicio, conducta y costumbres el lenguaje de los rebeldes de tierra adentro y de los usurpadores ambiciosos de Caracas y de otros puntos, que con una vaga, sofística, insignificant, contradictoria ó insolente de-

clamacion quieren justificar la osada é iniqua violacion de los derechos mas sagrados, invocando el nombre del Altísimo, quando rompen los vínculos del juramento y de la union social.

Así hablan solo los atrevidos que no tienen conciencia y quieren alucinar á los incautos, adormeciéndolos en el borde del precipicio anarchico donde van á sumergirlos.

Los diputados de esta América, y especialmente el de Valladolid, no olvidarán en el congreso nacional la cristiana y noble imparcialidad con que en sus dos manifiestos ó exhortaciones descubrieron los senos de su corazon sobre la atrocidad é injusticia de la rebeldía y apostasía de Hidalgo, el mayor infame del nuevo mundo, cuyas atrocidades y locuras han ido en aumento despues de su ida para España. No dirán, pues, que pudo tener pretexto este monstruo en agravios imaginarios de la legislacion del gobierno, ni de la conducta y porte de los españoles europeos; y que aun quando hubiera algunas ofensas personales, por parte de algunos, ni á él le tocaba vengarlas, ni hay jamas razon para hacerlo en semejante forma inaudita, cruel, desatinada y sacrilega. Todo usurpador lo quiere todo, y *quien todo lo quiere todo lo pierde*: sí, lo pierde todo para sí y para los demas. Esta ambicion y el querer serlo todo saliendo de su esfera, es el origen de todas las sublevaciones y de las guerras civiles que destrozan un Estado mas presto que las extrañas. El idioma ingenuo fuera decir: *se me ha puesto en mi mala cabeza destruirlo todo para derribar á los que son algo, y ver si yo me quedo con lo de todos sin exceptuar nada, ni la muger del proximo, ni la mitra del obispo, ni la corona del monarca, ni la soberanía de toda la nacion.*

Así has pensado y dicho tú (de quien ya me olvidaba en esta prolija nota) Costilla taimado, dragoman de Valaquia y muy apto para firmar la ruina de todos los mortales, si pendiessen de tu arbitrio, y sonreírte al abrazar á tu *Quiteria*, como lo hacia Cayo Calígula, abrazando á sus amasias ó concubinas; porque (añadia) tenia gusto en contemplar que aquel cueilo estaba tambien sujeto á su cuchilla, y que con una palabra podia hacer que cayese á tierra, á pesar de su

belleza y blancura (cosas que no tiene la susodicha) *satis*, que ya estarás de mi ingenuidad y no de tu crueldad, hasta que el pescuezo de la tal y

de otras tales no vaya rodando por alguna barranca por tu mandato y paga *caligulana*.

NUMERO 257.

Diálogos entre Filopatro y Aceraió.

DIALOGO PRIMERO.

ENTRE

Filopatro y Aceraió.

Fil.—Qué novedad es esta, querido Aceraió? Tan temprano fuera de casa? . . . Mas qué mirrol Tu lloras? Dime qué ha sucedido?

Acer.—¿Qué ha de ser? Que el Cielo se ha cansado de que seamos los Americanos los hombres mas felices de todo el Orbe.

Fil.—Como? explicate: no me confundas.

Acer.—En Tierra-adentro . . . en S. Miguel, el Pueblo de Dolores, . . . Mas, lee, amigo, esa Carta que acabo de recibir de Querétaro, y te enteraras de las fueestas noticias, que son causa de mi afliccion.

Fil.— . . . ¡Santo Dios! pero será esto cierto?

Acer.—Se ha comunicado de Oficio al Gobierno: México está lleno de iguales cartas autenticas: se han tomado ya providencias sabias y executivas, y van á salir tropas en esta mañana.

Fil.—¡Mal grande, amado Aceraió! es preciso que lo confiese. Pero, tranquilízate. Pluguiera al Cielo que jamás un Español Americano no hubiera cometido tales bastardias; esto es lo mas sensible. Por lo demás, no temas consecuencias mayores. Es una chispa infernal: cierto. Mas el fuego no se extenderá; yo te lo aseguro: se apagará en su origen.

Acer.—Así lo espero del Dios benigno, que adoramos, y de la Madre Santísima, que tan tiernamente nos ama y protege.

Fil.—Ese debe ser el principal apoyó de nuestra confianza en toda tribulacion pública y privada. Pero mucho mas en la presente. ¡Ah! Madre mia de GUADALUPE, tu que eres la Madre de la paz, y la protectora de la tranquilidad que hemos gozado en estos tiempos, tan turbulentos para otras partes del Mundo: Tú que en trescientos años has derramado en esta Nueva España las dulzuras y las delicias del sosiego público, de la obediencia mas sencilla, de la fidelidad mas generosa; tu te ves ahora insultada, profanada en tu magen, que esos hombres perversos han colocado en las Vanderas de la rebelion, del libertinage y de la atrocidad!

Acer.—¡Que desvergüenza! ¡que sacrilegio! invocar el Nombre Santo de Nuestra Señora de GUADALUPE para atropellar la Justicia, para quitar los bienes agenos, para maltratar al proximo, arrastrando de sus casas, de sus talleres, de sus labores á los hombres honrados, fieles y sencillos.

Fil.—El mal hecho hasta hoy ya no tiene remedio. Pero discurrámos, mi querido Aceraió, sobre las circunstancias de esta infame revolucion; para sacar en limpio que debemos temer de ella.

Acer.—Yo temo muchos y grandes males.

Fil.—Yo no, amigo mio, sea que atendamos á los gefes ó cabezas de este alboroto, ó á la calidad de los partidarios, que puedan haberseles unido, ó á los auxilios y peltrechos con que pueden contar.

Acer.—Sin embargo de que sali de casa en ayunas, celebraré oírte discurrir en esta materia.

Fil.—Si: escuchame sobre los puntos propuestos. Nos harán chocolate entre tanto: lo tomaremos despues: y continuaremos hablando de los motivos que hayan podido obligar á esos desventurados á emprender una aventura tan Quijotesca como criminal, del objeto de ella, y de la conducta, que observan en su ejecución.

Acer.—Que me place: comienza pues, *Los Gefes &c.* . . .

Fil.—Un tal Allende, joven atolondrado, desconocido por algunas prendas y qualidades brillantes, que pudieran deslumbrar á los menos cautos: ¿Qué empleos ha obtenido en la Republica? qué comisiones de importancia? qué mandos? donde y quando nos ha dado pruebas ó muestras de sus talentos militares, ó de sus virtudes políticas?

Acer.—Yo á la verdad es la vez primera que oigo su nombre.

Fil.—Y crees tú, que pueda haber hombre de seso que piense asociarse á un tal Cabecilla? El credito ó fama anticipada de un gran Soldado, de un excelente Politico, de un Poderoso en riquezas, de un Bienhechor publico, es capaz de atraer en semejantes casos aun á los hombres mas egoístas. ¿Pero qué atractivo, qué influjo puede tener en los animos sensatos un hombre sin talento sobresaliente, sin conocimientos averiguados, pobre de mas á mas, y que no se sabe por otro hecho anterior hasta que grado llegan su valor y su espíritu publico?

Acer.—Asi es: mas el populacho no discurre con tanta finura y acierto, y para la gente del campo dos Charreteras en los hombros equivalen á un bordado de General.

Fil.—No digas eso, querido. No es tan ignorante nuestro vulgo. Bien podrá ser eso en las Rancherías de Tierradentro; pero nó en los Pueblos, en las Ciudades grandes, ni mucho menos en Mexico.

Acer.—Convengo: yo hablaba solamente de la gente ruda del campo que se le ha unido, y á su exemplo pudieran ir haciendo otros lo mismo, y á poco tiempo nos veriamos con un Exercito terrible como una langosta.

Fil.—Vaya, vaya: eres demasiado medroso, y ese miedo no te deja discurrir. Te parece á ti que nadie es tan necio que se resuelva á dejar su casa, su muger, sus hijos, su oficio, ó su modo de vivir tranquilo y pacifico por irse tras de un calavera aturdido, un D. Quijote de la Mancha, solo porque grita: VIVA FERNANDO, VIVA LA VIRGEN. Y á que? á matarse sin mas, ni mas. Y con qué confianza pueden entregarse al mando de un hombre que en la primera ocasion apurada los deje perdidos, ó por falta de valor ó de providencias? Habrá alguno tan necio que sin tener experiencia de las calidades de ese General de comedia se exponga á que huyendo forzado de su impericia, ó á impulso de los remordimientos de su conciencia criminal, desampare á los infelices que engañó, y los abandone á ser victimas de la justicia, y el oprobio de sus buenos compatriotas? es quimera pensarlo.

Acer.—Vamos al otro Gefé. El Doctor Hidalgo.

Fil.—¿Qué Doctor ni qué calabazal . . . No ha criado la Universidad de Mexico monstruos de esa clase.

Acer.—Asi le llaman. En fin un hombre de sesenta años, criado siempre en el ocio y el regalo . . .

Fil.—Dejate de pinturas: no descubras lo que para el caso es lo menos. Fijemonos unicamente en que es un Sacerdote y un Parroco ¡Dios inmortal! Un Ministro del Santuario, cuyo oficio era ofrecer la hostia inmaculada y pacifica, se ve hoy á la cabeza de una tropa sanguinaria? El que tantas veces tuvo en sus manos el caliz de la Sangre preciosa, que pacificó al mundo y reconcilió á los hombres con su Dios, hoy derrama por esos campos y pueblos la Sangre de sus feligreses y hermanos? El que anunció tantas veces con el Cuerpo de Jesucristo entre los dedos la paz perpetua á los hombres: *Pax Domini sit Semper vobiscum*, hoy se atreve á introducir la division, la discordia y la anarquia entre nosotros?

Acer.—Cosa horrible é inaudita aun entre los mismos barbaros Franceses, pues su malvado Taylerand ha hecho mucho mal con sus consejos y su pluma; pero no con su espada.

Fil.—Si, horrible cosa; mas por lo mismo la

mas impropia para seducir y alucinar á los Americanos religiosos y pios. Porque un clérigo espadachin, un sacerdote cargado de armas, un cura capitaneando vandoleros, saqueando las casas y haciendas, y matando hombres inocentes, es la cosa mas abominable para los que profesan el cristianismo. Y los Indios mas sencillos, y los mas pobres menestrales se escandalizan de tal monstruosidad, y huirán cien leguas de un Pastor, que como los Nahuales del Gentilismo se ha convertido repentinamente en lobo carnicero é infernal.

Acer.—Tales son los Gefes de ese ejército ¿quales serán pues las tropas?

Fil.—Esa es otra. Qué gente querias tu que juntasen unas cabecillas tan desconcertadas? Una porcion de engañados, otra de perdidos: y el resto? de miserables que se han valido de la ocasion para remediar, aunque por medios ilicitos y muy peligrosos, su indignia.

Acer.—¿Qué llamais engañados?

Fil.—Muchos (hasta aqui hombres de bien) que gozaban en su hacienda, profesion y oficio lo suficiente para pasar la vida. Estos no podian haber caido en la tentacion diabólica, sino por las sugestiones y sofisterías de esos dos hombres perwersos.

Acer.—¿Qué les habrán dicho?

Fil.—Eso queda para despues. Los perdidos no necesitaban de muchos sofismas y engaños para seguir á los tumultuarios. Los viciosos y holgazanes están prontisimos para qualquiera maldad. Con alumbrarles solamente las ideas de libertinaje y robo, basta para que vuelen en pos del mismo Satanás. Esta clase abunda en todas partes; y no será la que lleve la Retaguardia.

Acer.—Pues quién irá á la Retaguardia?

Fil.—El resto, que ya insinue, de Indios y pobres jornaleros, que acaso por las escaseces del maíz en estos años fatales, habrá engruesado el ejército Parroquial del Cura Hidalgo. Mas estos infelices: y me atrevo á hacer una apuesta: conforme pillen algo se vuelven á sus jacales, sin tomar interés en los progresos y felicidad de las batallas, darán quatro gritos, y en oyendo de la parte contraria un par de cañonazos, diran, no es esto con nosotros: á casa. Y esto se entiende

si los picaros gefes no los hacen ir delante, para que los miserables sirvan de carnaza á las primeras descargas.

Acer.—Así lo haran esos picaros, y los pobres Indios vendrán á ser los mas sacrificados. Si guense los auxilios.

Fil.—Auxilios? Los del cielo quisiera yo para verlos humillados. Pero contarán con los del Diablo, enemigo eterno de la paz de los hombres.

Acer.—Contaran con el contagio de la seducion; y que á su exemplo siguiran otros.

Fil.—Son unos iniquos. Que idea tan horrenda y tan vil han formado de sus paisanos? ¡Orgullosos! y porque os habiamos de auxiliar en un proyecto descabellado, torpe, violento, injusto y sacrilego? Qual es la razon que os guia? qual el interesante objeto, á que nos convidais? quales los medios decorosos y seguros, por donde nos quereis conducir? Pero eso luego lo veremos.

Acer.—Si, Filopatro, luego hablaremos de eso. Vamos á sus armas, municiones y viveres.

Fil.—Sus armas? Pocas y mal acondicionadas: escopetas y trabucos, que si han sido suficientes para sorprender á Celaya, no son bastantes para resistir á los fusiles de un regimiento veterano. Lanzas y algunas flechas: buenas para ahuyentar Mecos, pero no para esperar el impetu de un esquadron de Dragones disciplinados: ni menos para hacer frente á los cañones de campaña. Polvora: se les acabara presto. Viveres, mientras mas se aumente un cuerpo recogido tumultuariamente, y gobernado por cabezas tan viscoñas, mas escaseces sufrirá, y mas facilmente ha de confundirse y dispersarse.

Acer.—Eso es bien claro. Pero ya esta ahí el Chocolate.

Fil.—Pues desayunemonos, amado Aceraio; y luego proseguiremos nuestra conversacion.

SEGUNDO

Filopatro y Aceraio.

Fil.—Ve aquí, amigo Aceraio, que en dos xicaras de chocolate hemos contribuido los regalos con alguna cosa para las necesidades de la Madre Patria.

Acer.—¿Como así?

Fil.—En la particilla que nos toca en el nuevo impuesto del cacao: impuesto suave y sabio, pues insensible á los que tienen algunas comodidades, dexa por otro lado exêntos los comestibles de los pobres.

Acer.—Si, contribuya el que quiera regalar-se, y los pobres gozen de toda franquicia, que hartas penurias padecen en la carestia natural del trigo, maiz, frijol, &c.

Fil.—El abaratar estos alimentos de primera necesidad no está en el arbitrio de los hombres. Dios que tiene en sus manos las llaves de los cielos, es quien, segun embia las aguas, los calores, y los hielos, abarata ó encarece los frutos de la tierra.

Acer.—No nos olvidemos de la conversacion pasada. Prosigue amigo, desde donde nos vino á interrumpir el chocolate.

Fil.—Siguen los motivos de esta extraña revolucion de Tierradentro. ¿Quales te parece á tí que podrán haber sido?

Acer.—Yo creo que el principal es esta rivalidad maldita, que hay entre *Gachupines* y *Criollos*.

Fil.—Ya te he dicho otra vez, querido *Acer*, que esos nombres me fastidian; no los vuelvas á usar.

Acer.—¿Pues como he de decir? Acaso son nombres ignominiosos?

Fil.—No lo son por cierto, porque se reducen á denotar si el Español, habitante de la America, nació aquí ó nació en Europa; pero no los uses por tu vida: uno y otro me parecen feos. Dí, *Español de acá*, *Españoles de allá*: ó dí, *Español europeo*, *Español americano*. O si quieres puedes decir tambien *Español nuevo* y *Español antiguo*, porque tambien se llama en propio y decoroso estilo Castellano viejo al que nació en Castilla la vieja, y Castellano nuevo al que es natural de Castilla la nueva; pero *Gachupin* y *Criollo* destierrese ya de nuestras bocas.

Acer.—Lo haré así: vamos al cuento.

Fil.—Dixiste que la rivalidad entre Españoles acá y Españoles de allá te parecia la principal causa de esta revolucion; y á mi me parece lo mismo. Mas la tengo por la mas ridicula é injusta. Ridicula: porque yo observo que todos

viven enlazados en una misma sociedad por vinculos naturales y civiles los mas sagrados y estrechos. El Español de allá está casado con Española de acá, tiene hijos que aman y respetan igualmente á su Padre y á su Madre, y que abrazarian tiernamente y besarian con reverentes lágrimas á sus abuelos, padres de su padre, que no han salido de la España antigua, si llegaran á conocerlos. Mas: viene de allá un hermano de su Padre, y le llaman Tio, y lo respetan: viene de allá un Sobrino carnal de su Padre; y los muchachos le quieren y juegan con él, como que es su Primo. Puede pues haber cosa mas ridicula que la rivalidad entre personas tan intimas?

Acer.—Y si no son parientes de los de acá los que vienen de allá?

Fil.—Entonces debe suceder entre ellos lo que sucede entre los Oaxaqueños y los Queretanos, ó entre los de Puebla y Zacatecas, ó entre los Havaneros y Guatemaltecos cuando se juntan en Mexico: que los que congenian se unen, y los que no, viven como ciudadanos: que los picaros se juntan con los picaros y los buenos con los que son como ellos. Pero mirarse como Moros y Cristianos, los que tienen una misma Religion, un mismo Rey, unas mismas leyes, y en lo sustancial unas mismas costumbres es cosa no solo ridicula, sino injusta y criminal.

Acer.—Yo bien entiendo á quanto obliga el precepto de la caridad, y amor del proximo, que nos enseña el Evangelio; y tambien que un Rey, una Legislacion, y unas costumbres son centro de union, y armonía; pero la diversidad de genios . . .

Fil.—Lo primero, querido mio, que no es esa causa bastante para una division de voluntades. El Gallego tiene un genio diverso del Andaluz, y el Castellano viejo en nada se parece al Valenciano. Hay caracteres provinciales en España diferentes, y aun contrarios, y muchas veces sirven de pandorguearse entre si los naturales de unas y otras Provincias. Mas por eso no han llegado jamás á las manos, sino quando han tenido Reyes distintos. La Corona de Aragon era enemiga en algun tiempo de la de Castilla: antes lo fue esta de la de Navarra; y en nuestro tiempo hemos visto pelear entre sí los Castellanos y Por-

tugueses. Pero baxo de un mismo Cetro y Monarca llevar unos Pueblos la rivalidad hasta las armas, eso ó no se ha visto, ó por todas las gentes se ha mirado como un crimen. ¡Quanto mas horroroso levantarse unos contra otros los ciudadanos y vecinos de una misma Ciudad y Provincia.

Acer.—Ya lo veo.

Fil.—Pues hay mas, y esto es notorio. Es cierto que en los primeros años todo choca al que pasa á vivir á una Provincia distante de la en que nació. El Valenciano en Asturias echa menos sus pimientos, habla mal de los melones, acordandose de los suyos, maldice los frios del invierno, y reniega porque no encuentra la frondosidad de su pais. A este modo el de Cadiz no está contento en Burgos, ni el Catalan se aviene con las costumbres de la Mancha. ¿Qué extraño es, pues, que los Españoles Europeos digan, murmuren de las cosas de acá y suspiren por las de su tierra en los primeros años? Mas al fin el agrado y atractivo de las mugeres, hijas ó nietas de sus paisanos, la benignidad de las estaciones, las comodidades y riquezas no solo les hacen olvidar las puerilidades; sino que se complacen de haber atravesado el Océano.

Acer.—Muchos, los mas, y los mas sensatos y respetables. Pero hay algunos de tan mal natural que al cabo de mucho tiempo y de mucha fortuna, todavia reniegan de la America.

Fil.—Alguno habrá que tenga esa mala conducta, hija de la mala crianza, y mas de falta de talento que de malignidad. Pero será muy raro. Y ten por cierto, que si lo oyeran explicarse así los Españoles Europeos juiciosos, y honrados Ciudadanos, no solo lo reprendrian ágricamente, sino que lo mirarian como hijo espurio de la noble y generosa España.

Acer.—Yo convengo en que el vicio ó defecto de uno ú otro individuo jamás debe servir de regla y fundamento para caracterizar á una provincia ó nacion entera.

Fil.—Pues no lo has visto claramente entre nosotros doscientas veces? A pesar de la grandeza, diversiones y paseos de Mexico, de la hermosura de sus calles, de la multitud y magnificencia de sus edificios y otros mil atractivos; los Guadalaxareños dicen, que es mejor Guadalaxa-

ra, los de Guanajuato prefieren su Ciudad, los de Queretaro la suya, y los Poblanos jamás quieren confesar notorias ventajas de esta Capital. ¿Qué mas? Los Veracruzanos contentos con su calor, apenas pueden sufrir dos meses de Mexico. Y todos hablan, dicen, y murmuran quanto quieren siempre á favor de su país. ¿Y quieres tú hacer mucho caso de que un Europeo suspire por el suyo, y diga que le gusta mas que toda la America? Y esos son motivos de division y de discordia? Y esas vagatelas han de ser causa de que se rompan los nudos de la caridad?

Acer.—Bien esta todo eso; pero mira: yo no extraño que algunos de los de acá se quejen por ver á los Europeos por lo comun mas prosperados en bienes de fortuna.

Fil.—Pues eso es embidia en castellano claro y cristiano.

Acer.—Pero es buen dolor, que . . .

Fil.—Que? No hay en esto mucho que dudar ni que discurrir: el Europeo, que hace fortuna, es porque se ingenia, trabaja, y se maneja con honradez y economia. Has visto ú oido alguna vez que venga un Vizcaino, ó un Andaluz á echar de su hacienda de campo, ó de su trapiche de azucar al Español Americano? ¿Se ha metido alguna vez el Gallego á labrar la mina que es de uno de acá, arrojandolo de la negociacion? el cajon ó almacen, que hoy tiene el Montañés, acaso se lo quito al Mexicano, botandolo fuera del mostrador?

Acer.—No: nunca ha sucedido, ni lo permitiria la Justicia.

Fil.—¿Pues como y por qué están muchas haciendas, minas y tiendas en poder de los Españoles de allá?

Acer.—Es bien claro: porque las compraron.

Fil.—Asi es: si el Americano heredó esas posesiones, y negociaciones (y advierte que las heredó de cerca ó de lejos, de los Españoles Europeos) y luego se cansa de cultivarlas y mantenerlas; y lo que quiere es venir á Mexico á vivir como un Señor, y vende sus bienes raices, y consume luego su importe, como Dios sabe; y viene á dar ó en la miseria ó en la mediania, ¿qué culpa tienen los Europeos? y de quién, sino de sí mismos deben quejarse los Americanos?

Acer.—¡Valgame Dios! y quan diferente aspecto presentan las cosas si se miran á la luz de la razon y con imparcialidad! Ya no me queda duda en que la falta de ideas, de noticias de mundo y de reflexion hace á los hombres formar juicios inexactos, y mantenerlos en mil preocupaciones, que insensiblemente van influyendo en las disposiciones del corazon.

Fil.—Habrá mayor sandéz que incomodarse porque un Europeo dice que los melocotones de acá no pueden compararse en los de Aragon, que las peras de Toro son mejores que las de San Angel, y que las verdaderas de México no tienen la sustancia que las de Castilla? Por que á éste no gusta la chirimoya, por que aquel haga asco del zapote negro, de la granadita y del pulque, por eso le hemos de calificar de nuestro enemigo? Y no probar el atole, las tortillas, ni los tamales ha de ser luego señal de que no ama á los Americanos?

Acer.—Me convences amigo, de manera, que no encuentro que replicar; sino que los Europeos se dan entre si tanto la mano unos á otros, que

Fil.—No prosigas. Esa es virtud, eso es laudable. Y por qué nuestros Paisanos no se ayudan y protejen igualmente? Vés como esa rivalidad, ó desafecto es injusto? Mas añadiré: es un ingrato de mil maneras el que no ama á los Europeos.

Acer.—¿Tanto?

Fil.—Si Señor. Y no quiero hablar ahora de si esta sangre, esta nobleza, este espíritu generoso, que nos anima, de ellos lo heredamos (y el que no descienda de Españoles viejos con su pan se lo coma: yo hablo de los que por tales nos tenemos). Tampoco quiero fundar obligacion de gratitud en el descubrimiento, conquista, poblacion, ilustracion, y estado brillante de la América y que todo es obra de los Españoles.

Acer.—Pues esos fueron nuestros Abuelos.

Fil.—Bueno; y por eso debemos amar á sus hermanos. Quiero fixarme en los actuales, y hablar de ellos personalmente. Quantos Americanos surcan los mares del sur y del norte para traérnos las preciosidades del Asia y de la Europa? Quantos estan metidos de dia y de noche detras de un

mostrador, surtiendonos de quanto necesitamos, y sufriendo las impertinencias de la vieja retrechera, de la joven taimada, del payo necio, y del picaro tramposo? ¿Quien raya los Sábados á los Indios en las Haciendas? Quien fomenta las Minas? Quien establece y mantiene las pocas fabricas que tenemos? Responde *Acer*aió.

Acer.—A la verdad que en lo primero que dixiste apenas habrá entre mil Europeos un Americano: y en lo demas serán estos como diez á ciento. Pero y los Empleos

Fil.—Eso pide mas larga conversacion. Vamos á dar una vuelta por la Ciudad: y otro dia hablaremos.

TERCERO.

Filopatro, Aceraió y Morós.

Acer.—Por qué, dime, querido *Filopatro*, te separaste de mi con tanta prisa despues del paseo de esta mañana?

Fil.—Porque se nos pegó el necio *Morós*, y llevaba traza de no dejarnos en todo el dia.

Acer.—Sin embargo; como le dixiste que tenias que hacer, y que á otra hora hablaríamos, recelo que no podamos librarnos esta noche de su compañía: y lo que siento mas es, que nos impidiera continuar nuestra conversacion interesante.

Fil.—En lo mismo pensaba yo. Mas si viniere, no te apures, sufriremos sus necesidades; y acaso con nuestras reflexiones se lograra hacerle entrar en razon.

Acer.—Dime por tu vida, ahora que nos hallamos solos. ¿Como estará el Señor *Virey* con estas novedades, con que sin comerlo ni beberlo, ha venido á encontrarse?

Fil.—Te aseguro, querido amigo, que es ese un puñal que tengo atravesado desde el momento en que ley la carta de *Queretaro*. Quando nos lisonjeabamos de haber logrado despues de dos años de malos ratos, y de continuas variaciones, un Gefe de las mas completas circunstancias, que venia á ocuparse todo de nuestra felicidad, bien ageno de encontrar en la fidelisima, noble y generosa Nueva España el fuego de la discordia, ni el ruido de las armas destructoras, verle en

precision de volver á empuñar la espada, que tan gloriosamente desembainó en Cordova y Bailen; y de hacer planes y tomar providencias como si estuviese en *Brubierca*, ó *Tarancon*, y de pensar en ataques, como si se viese todavia á la frente de los malvados Franceses; te aseguro que el corazon se me comprime, y que quisiera sacrificarlo y comprar con él la tranquilidad de mi Patria.

Acer.—Ahi viene ya *Morós* ¿No te lo dixé?

Fil.—No importa; seguiremos la conversacion pasada.

Mor.—Caballeros, muy pensativos estan ustedes. ¿Qué? se trata de *Tierradentro*? Pues; y qué dirán ahora tus amigotes, *Filopatro*?

Fil.—Mis amigotes? No entiendo.

Mor.—Bien me entiendes. Ahí tiene Vd. tora que todos somos Españoles; vuelve que somos hermanos. Pero entre tanto las mejores tajadas se las soplan; y á nosotros apenas nos queda el caldo y las piltrafas. Miren ustedes pues las resultas.

Fil.—Siempre os tuve por necio, *Morós*; y yo debia evitar vuestra conversacion. Mas ya que os entrasteis por esta casa; ó habeis de salir de ella desengañado, ó á lo menos confundido.

Acer.—Creo que *Morós* habla sin malicia.

Fil.—Basta que hable neciamente: asi se sopla, y se fomenta un fuego, que debe apagarse por todo hombre religioso y honrado. Las revoluciones comienzan por resentimientos, que deben moderarse. Si los hombres de algun caracter no procuran desengañar al Pueblo, este abraza qualquier especie lisonjera, corre tras la sombra de justicia ó felicidad, que se le ha pintado; y luego se halla con que todo fue sueño; habiendo entre tanto sufrido por alcanzar aquella fantasma, males terribles, y dias los mas aciagos y calamitosos.

Mor.—Ahora si que yo no os entiendo. ¿A que viene todo eso?

Fil.—Esa es vuestra necesidad. Hablais sin ton ni son: esparcis especies muy delicadas sin advertencia; y sin pararos á reflexionar en las consecuencias, sembrais lo mismo aqui, que en la calle, el grano de la discordia, que fermenta, cre-

ce y puede parar en un arbol, que os caiga sobre la cabeza.

Acer.—No te acalores, *Filopatro*. Di lo que te parece de los empleos, pues *Morós* ha tocado esta tecla.

Fil.—Pues digo en primer lugar, que si se habla de los primeros empleos del Reyno; es una injusticia, y una grosera falta de principios políticos, quejarse de que no se den á los naturales de un Pais. La recta administracion de la justicia, que es el primer interes de los que viven en sociedad, exige que los *Vireinatos*, gobiernos de Provincia, *Judicaturas* y otros empleos semejantes, se confien á personas, que no tengan relaciones ni conexiones en el distrito, en que exercen aquellos oficios. Esto se ha observado en todos los grandes Reynos y estados; y nunca ha sido justo ni racional motivo de queja. En España no se ha quejado jamás Galicia por que el Capitan General no sea Gallego, ni Valencia ni Navarra por que sus *Vireyes* hayan sido *Extremeños* ó *Leoneses*.

Mor.—Bien: pues sea Presidente de *Guadalajara* un Mexicano, y *Virey* de México un *Havanero*.

Acer.—No está mal reflexionado.

Fil.—¿Eso quereis? Pues primeramente me habeis de confesar, que eso no puede ser siempre; sino que habiendo en la vasta extension de la Monarquia de España tantas Provincias, y en ellas tantos hombres de merito, solo puede aspirarse á que una ú otra vez toque un empleo de esos á los naturales de las Americas.

Acer.—Lo demás sería ya ambicion. Basta que de quando en quando participemos de la nata.

Mor.—Digo lo mismo. Pero que nunca, nunca hayamos comido de esas pulpas

Fil.—Vé aqui, que habeis caido en el lazo, y que debeis daros por convencidos. Yo pudiera confundiros con un largo catalogo. Pero supuesto que os contentais con tan poco, decidme, *Morós*: el *Virey* de México, *Marqués* de *Cadereita*. ¿de donde era natural? donde nació el *Virey*, *Marqués* de *Casa fuerte*? qual fué la Patria del *Virey*, *Conde* de *Revillagigedo*, á quien conocisteis, y cuyo elogio hará siempre en México la posteridad agradecida?